

CUANDO EL DIABLO MUEVE EL RABO

Últimamente están ocurriendo algunas cosas en las que se ve el rabo del diablo. Cuando digo esto, sé que muchos se preguntarán de qué estoy hablando. Por eso me parece oportuno hacer una serie de aclaraciones previas.

Como es sabido, y si no lo es lo aclaro enseguida, el lenguaje religioso es ‘analógico’. Lo que significa que, como el lenguaje poético, es metafórico. Por decirlo de modo más pedestre: se trata de lenguaje figurado.

En ese sentido, el lenguaje religioso se compone de dos elementos clave; la analogía, es decir, algo desconocido se parece a algo conocido y, así, se nombra lo conocido refiriéndonos a lo desconocido. Por ejemplo, si digo brisa, fuego o soplo, puedo estar refiriéndome a Dios. El otro puntal es el símbolo; si digo ciprés, me puedo estar refiriendo a ese esbelto y puntiagudo árbol que se eleva como una lanza hacia el cielo, pero también puedo querer referirme a la eternidad; por eso es tan frecuente en los cementerios.

Estos dos elementos básicos del lenguaje religioso en el momento actual han perdido parte de su valor semántico, han perdido significado, pues los símbolos han pasado a ser iconos utilitarios que nos simplifican las funciones de nuestro ordenador o que sirven para reducir a una carita sonriente o triste, compuesta de este modo ☺ o de este ☹, para señalar a sentimientos que a veces son inefables (que no somos capaces de definir ni siquiera con los términos tristeza o alegría).

El cardenal Rouco Varela, que no es persona que goce de mis simpatías ni de mi amistad, cosa que probablemente a él no le importa y a mí tampoco, ha abierto el ‘concurso’ para formar y seleccionar exorcistas. Esto ha levantado cierta polvareda, que no entiendo, pues me parece de las pocas cosas sensatas que ese señor hace, desde su perspectiva, claro.

Lo que me resulta bastante evidente es que en los últimos tiempos, llamándolo crisis, el diablo está meneando el rabo de manera desaforada y sería conveniente contar con ciudadanos expertos en la cuestión. Recuerde el lector que nos estamos moviendo en el lenguaje analógico y simbólico.

Así pues, ¿no son obra del diablo los mal llamados paraísos fiscales? ¿No es obra del diablo el machismo asesino? ¿No es obra del diablo las preferentes? ¿No es obra del diablo el que la gente decente no acceda a un trabajo para el que está

cualificada o sea despojada de su casa por una institución inmisericorde como son los bancos?

Siempre dentro del lenguaje analógico y simbólico, si calificamos esas cuestiones citadas y que están en la base o son la consecuencia de la crisis, se trata de injusticias, faltas de misericordia, soberbia, prepotencia, desprecio del prójimo, etc. etc. Es decir, se han desatado las pasiones y han producido los siete pecados capitales. Todos deberíamos recordar que quien alienta las pasiones es el diablo. De manera que estaría bien que se nombrara no a nueve, sino a setenta mil setenta y siete exorcistas (por poner también un número simbólico).

Cuando el diablo menea el rabo no queda sino hacer dos cosas: O llamamos al exorcista o bien nos sumamos a la acción diabólica. Lo que se llama en lenguaje analógico: arrepentimiento y contricción, que van acompañados del propósito de la enmienda. O bien, caemos en la tentación y pecamos, y ya nos condenarán a una eternidad de fuego (lo que es aquí parece que no hay condenas posibles).

El exorcista puede ahuyentar al diablo, sacárnoslo del cuerpo. Pero quien desea que eso ocurra no tiene más remedio que reconocer que lo que ha venido haciendo, mientras tenía a ese huésped en el cuerpo, estaba muy feo. Debe hacer ayuno y penitencia, flagelarse (no es necesario que se saque sangre ni que se arranque la piel a tiras), y debe prometer solemnemente que no lo volverá a hacer, debe pedir perdón a los ofendidos, restituir lo sustraído y cumplir la penitencia.

Si no dejamos actuar al exorcista, la otra posibilidad es sumarse a la acción del diablo. Es decir, nuestros ahorros, caso de que los tengamos, los debemos meter rápidamente en algún banco de las Caimán. Debemos montar algún tinglado de ingeniería financiera y hacernos con los ahorros de nuestros vecinos, amigos y familiares y también mandarlos a las Caimán.

También existe la posibilidad de que volvamos al sistema anterior; debemos, entonces, reclamar que nos den créditos para poder vivir por encima de nuestras posibilidades. Podemos especular con tierras y bienes, construir muchas más casas, especialmente saltándonos la ley de costas, por ejemplo (ya bastante permisiva), o en su caso, desforestando o anulando cultivos para hacer adosados. Todo esto era obra del diablo. No me cabe ninguna duda. Además, aceptando la bajada de sueldos, aumentando las horas de trabajo, dejándonos contratar temporalmente o estando de acuerdo con despidos miserables, permitiremos que el diablo culmine su obra.

Por supuesto y porque es también obra del diablo, podemos incluirla en nuestros proyectos y opciones: Por ejemplo, el convertirnos en ‘emprendedores’ de negocios efímeros a los que responderemos con nuestros bienes, trabajo y patrimonio intelectual o inmueble. De manera que, si fracasamos, mientras, habremos bajado la cifra del paro (lo que hará feliz al Gobierno) y el banco podrá quedarse con todo. El diablo sonreirá y agitará su cola con entusiasmo.

Parece, no obstante, que los que gobiernan el mundo y la patria están por la labor de no darle tregua al diablo. Me explico; nos recomiendan austeridad. La austeridad es un rasgo muy cercano al ascetismo y sabemos que este es propio de la mística y el paso previo para la unión divina. El ascetismo consiste en el desprecio de los bienes de este mundo y sabemos que el diablo es el Príncipe de este mundo, con lo que nos proponen que lo despreciemos y le hagamos una pedorreta a sus insinuaciones.

Para ello recortan los sueldos para que no caigamos en la tentación de consumir de manera compulsiva. Con esto consiguen que los jóvenes no se dediquen al ocio y otros vicios como la bebida y cosas peores, teniéndolos ocupados en enviar *curricula* a todas partes, en hacer másteres o en colas del INEM. Incluso, quieren que salven sus almas los ancianos, pues los dejan a su suerte para que sufran y expíen los pecados de su vida pasada; les quitan las ayudas a los que tienen dependencia o les rebajan las pensiones no vaya a ser que, a la vejez viruelas, les de por ir a un sex-shop o darse a las drogas. En fin, los medicamentos desaparecen de la protección social o se encarecen, de manera que pronto se reúnan con su Señor.

Otra de las medidas, para luchar contra el diablo, que ha emprendido el Gobierno consiste en fomentar las exportaciones (posiblemente de bienes inútiles) a los países emergentes. Así, aquellas gentes entrarán en el consumismo y el diablo se desplazará a aquellos lugares, dejándonos en paz. Claro que no se dan cuenta de que el diablo ya lleva mucho tiempo asentado allá, con oficinas abiertas en cada rincón.

Finalmente, introducen la religión católica, que es la verdadera sin duda alguna – y esto lo digo en serio- para que los niños entiendan ese lenguaje analógico y comprendan que estamos en peligro. Pero no se trata tanto de impartir espíritu evangélico y de dar la vida por los pobres, sino de convencerlos de que de todo esto tiene la culpa el diablo y su rabo.